



Boletín

## Sin Nombre

- **Ego Sum**

(Selección del libro: La Felicidad y el Arte de Ser – Michael James)

- La verdad os hará libres
- Sacrificar nuestra individualidad
- El Reino de Dios no es un lugar sino un estado —el estado de pura consciencia
- «Yo soy» el camino, la verdad y la vida
- Amarás al prójimo como a ti mismo
- Ego sum lux mundi
- La apacible felicidad de ser que experimentamos entre dos pensamientos consecutivos
- Concentrar nuestra atención en nuestra propia consciencia
- Un estado en el que no somos conscientes de nada otro que nuestro mero ser
- Otro que el ser, nada es
- Nosotros mismos somos el poder de atención o consciencia por el que todo es conocido
- Nuestra atención tiene el poder de crear un mundo que no existe
- Exento de nuestra actividad imaginaria de «conocer»
- El nombre original y más bellamente apropiado de Dios
- Verbo «soy» sin su sujeto lógico «yo»
  - «ego eimi»
  - «cogito ergo sum»
  - «ehyeh asher ehieh»
- «YO SOY EL QUE SOY», el mahavakya más grande

### La verdad os hará libres



La meta interna de todas las religiones y tradiciones espirituales, es liberarnos de este estado ilusorio en el que nos imaginamos que estamos separados de Dios, la única realidad ilimitada e indivisa. Por ejemplo, en el cristianismo este estado en el que violamos la unidad y totalidad de Dios al imaginarnos como un individuo separado de él, es llamado el «pecado original», que es la causa raíz de toda miseria e infelicidad. Debido a que solo podemos devenir libres de este «pecado original» conociendo la verdad, Cristo dijo, «...conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (*Juan 8.32*). La verdad que debemos conocer para ser hechos libres, es la verdad de que nosotros no somos nada sino la pura consciencia «yo

soy» sin-adjuntos —ese «yo soy» que es la forma verdadera de Dios, como fue descubierto por él cuando reveló su identidad a Moisés diciendo, «YO SOY LO QUE YO SOY» («*ehyeh asher ehyeh*» —Éxodo 3.14).

«Conocer la verdad» no significa conocerla teóricamente, sino conocerla como una experiencia directa e inmediata. Para destruir la ilusión de que somos una consciencia individual limitada, una persona separada del todo perfecto que es llamado Dios, debemos experimentarnos como la pura consciencia «yo soy» ilimitada e indivisa. Por lo tanto, para conocer la verdad y con ello ser hechos libres de la ilusión llamada «pecado original», debemos morir y nacer de nuevo —debemos morir a la carne y nacer de nuevo como el espíritu. Por eso es por lo que Cristo dijo, «A no ser que un hombre nazca de nuevo, no puede ver el reino de Dios... A no ser que un hombre nazca de... el Espíritu, él no puede entrar en el reino de Dios. Eso que nace de la carne es carne; y eso que nace del Espíritu es espíritu» (Juan 3.3 y 3.5-6).

Es decir, para experimentar y entrar dentro del verdadero estado de Dios, debemos dejar de existir como un individuo separado, como una consciencia que se identifica con la carne y con todas las limitaciones de la carne, y debemos redescubrirnos como el espíritu ilimitado e indiviso, la pura, inadulterada e infinita consciencia «yo soy», que es la realidad absoluta que llamamos «Dios». Cuando nos identificamos con un cuerpo hecho de carne, devenimos esa carne, pero cuando dejamos de identificarnos con esa carne y nos conocemos como mero espíritu, nacemos de nuevo como nuestra naturaleza original, el espíritu puro o consciencia «yo soy».

### **Sacrificar nuestra individualidad**



La necesidad para nosotros de sacrificar nuestra individualidad para nacer de nuevo como el espíritu, es un tema recurrente en las enseñanzas de Jesucristo. «Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, quedará solo: pero si muere, dará mucho fruto. El que ama su vida la pierde; y el que aborrece su vida en este mundo la guardará para la vida eterna» (Juan 12.24-25). «Quienquiera que busque salvar su vida la perderá; y quienquiera que pierda su vida la conservará» (Lucas 17.33). «Y él que no toma su cruz, y sigue en pos de mí, no es digno de mí. El que halla su vida la perderá; y el que pierda su vida por amor de mí, la hallará» (Mateo 10.38-39). «El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Pues el que quiera salvar su vida la perderá; y el que pierda su vida por mí, la hallará. ¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? ¿O qué podrá dar el hombre a cambio de su alma?» (Mateo 16.24-26, y también Marcos 8.34-37 y Lucas 9.23-25).

Es decir, para redescubrir nuestra vida verdadera y eterna como el espíritu, debemos perder nuestra vida falsa y transitoria como un individuo. Si buscamos guardar nuestra individualidad falsa, estaremos perdiendo en efecto nuestro espíritu real. Éste es el precio que tenemos que pagar para vivir como un

individuo en este mundo. Por lo tanto, todo lo que podamos ganar u obtener en este mundo, lo hacemos al precio de perder nuestro propio sí mismo real, el estado de perfección y totalidad (que en este contexto es lo que Cristo quiere decir con el término nuestra «propia alma»). A cambio de recobrar nuestro estado de totalidad perfecto y original, solo tenemos que abandonar nuestra individualidad y todo lo que va con ella. ¿Qué es verdaderamente beneficioso, perder el todo y ganar meramente una parte, o abandonar una mera parte a cambio del todo?

Para abandonar o perder nuestra individualidad, como Cristo había hecho, él dice que debemos seguirle negándonos a nosotros mismos y llevando nuestra cruz. Negarnos a nosotros mismos significa abstenerse de surgir como un individuo separado de Dios, que es el todo —la «plenitud de ser» o totalidad de todo lo que es. Llevar nuestra cruz significa abrazar la muerte o destrucción de nuestra propia individualidad, debido a que en los tiempos de Cristo, la cruz era un poderoso símbolo de la muerte, al ser el instrumento usual de ejecución. Así pues, aunque usara un lenguaje algo oblicuo para expresarlo, Cristo enfatizó repetidamente la verdad de que para redescubrir nuestra vida real como el espíritu, debemos sacrificar nuestra vida falsa como un individuo.

Este sacrificio de nuestra individualidad o identificación con la carne, y nuestra consecuente resurrección o renacimiento como el espíritu, fue simbolizado por Cristo a través de su propia crucifixión y subsecuente resurrección. Al morir en la cruz y surgir de nuevo de entre los muertos, Cristo nos dio una poderosa representación simbólica de la verdad de que para devenir libres del «pecado original» de la identificación con la carne, y con ello entrar en el «reino de Dios», debemos morir o dejar de existir como un individuo separado, y de ese modo surgir de nuevo como el espíritu puro, la consciencia infinita «yo soy».

### **El Reino de Dios no es un lugar sino un estado —el estado de pura consciencia**



El «reino de Dios» que podemos ver y al cual podemos entrar solo naciendo de nuevo como el espíritu, no es un lugar —algo que podamos encontrar externamente en el mundo material del tiempo y el espacio, o en algún mundo celestial llamado cielo. Cuando a Cristo se le preguntó cuándo vendría el reino de Dios, él respondió, «No viene el reino de Dios ostensiblemente. Ni podrá decirse: Helo aquí o allí; pues, ved, el reino de Dios está dentro de vosotros» (Lucas, 17.20-21).

El reino de Dios no puede encontrarse ostensiblemente, es decir, por ninguna forma de atención objetiva —mirando externamente aquí o allí. No puede ser encontrado en ningún lugar fuera de nosotros, ni aquí en este mundo ni allí en el cielo, ni tampoco es ciertamente algo que vendrá en el futuro. Existe dentro de nosotros ahora. Para verlo y entrar en él, debemos volver nuestra atención hacia dentro, retirarla del mundo externo del tiempo y el espacio que observamos por medio de la consciencia limitada a la carne que llamamos nuestra «mente», y

volverla hacia nuestra verdadera consciencia «yo soy», que es la base y la realidad subyacente de la consciencia que observa, «yo soy fulano y mengano».

La exhortación «ved» que Cristo usó en el pasaje de más arriba es muy importante. Él no nos dice meramente el hecho de que el reino de Dios está dentro de nosotros, sino que nos exhorta a mirar y ver que está dentro de nosotros. Es decir, él no nos dice meramente la verdad que él vio, sino que nos dice que nosotros debemos verla cada uno por nosotros mismos. Esta exhortación que Cristo nos hace de no mirar aquí o allí sino ver que el reino de Dios está dentro de nosotros mismos, es la esencia de la práctica espiritual enseñada por Sri Ramana y todos los demás sabios verdaderos. Nosotros debemos abandonar la atención a todo lo que esté fuera de nosotros mismos, y en lugar de ello debemos volver nuestra atención hacia dentro para ver la realidad que existe dentro de nosotros.

El reino de Dios no es un lugar sino un estado —el estado de pura consciencia. Cuando lo vemos dentro de nosotros mismos volviendo nuestra atención hacia el núcleo más íntimo de nuestro ser, entramos dentro de él y devenimos uno con él. Éste es el estado de nacer de nuevo como el espíritu —el estado de unión mística con Dios que todos los cristianos contemplativos buscan obtener. En este estado llamado el «reino de Dios», la pura consciencia «yo soy», que es el espíritu o forma verdadera de Dios, existe y brilla sola en todo el esplendor y la gloria de su unidad indivisa y totalidad ilimitada.

### **«Yo soy» el camino, la verdad y la vida**



La única verdad total que incluye todo dentro de sí misma es el espíritu infinito, la única consciencia que todos conocemos como «yo soy». Todo lo que parece existir, existe solo dentro de esta consciencia. Aunque las múltiples formas en las que las cosas aparecen son irreales como tales, la única sustancia real de todas las cosas es la consciencia en la que ellas aparecen. Por lo tanto, la única verdad sobre la que hablan todas las religiones es el espíritu o consciencia único, omni-inclusivo y no-dual en el que todas las cosas aparecen y desaparecen.

Sin embargo, debido a que ellos interpretan las enseñanzas espirituales de su religión de una manera dualista, la mayoría de los seguidores de las diversas religiones tienden a creer que su propia religión de alguna manera tiene un monopolio o derecho exclusivo sobre la verdad, y que, por lo tanto, es el único medio para la salvación. Por ejemplo, a lo largo de la historia del cristianismo, la mayoría de los cristianos ordinarios han creído que la verdadera salvación solo puede ser obtenida a través de la persona de Jesucristo, y que los ateos, agnósticos y los seguidores de otras religiones solo pueden ser salvados convirtiéndose al cristianismo. Han justificado esta creencia irracional y arrogante mediante su interpretación dualista de las palabras de Cristo, «Yo soy el camino, la verdad y la vida: ningún hombre llega al Padre sino por mí» (San Juan 14.6).

Debido a su comprensión dualista de sus enseñanzas espirituales, ellos interpretan las palabras «yo soy» y «mí» que él usó en este pasaje para denotar solo la persona individual de Jesucristo, que nació en un cierto tiempo en un cierto lugar llamado Belén.

Sin embargo, Cristo no se tomó erróneamente a sí mismo meramente como una persona individual cuya vida estaba limitada dentro de un cierto ámbito de tiempo y espacio. Él se conocía a sí mismo como el espíritu real y eterno «yo soy», que no está limitado por el tiempo ni el espacio. Por eso es por lo que dijo, «Antes de que Abraham fuera, yo soy» (San Juan 8.58). La persona que fue Jesucristo, nació mucho tiempo después de Abraham, pero el espíritu que es Jesucristo existe siempre y por todas partes, trascendiendo los límites del tiempo y el espacio. Debido a que ese espíritu es atemporal, él no dijo, «Antes de que Abraham fuera, yo era», sino «Antes de que Abraham fuera, yo soy».

Ese espíritu atemporal «yo soy», que Cristo conocía así ser su propio sí mismo real, es el mismo «yo soy» que Dios reveló como su sí mismo real cuando dijo a Moisés, «YO SOY EL QUE SOY» (Éxodo 3.14). Por lo tanto, aunque Cristo nos parezca ser una persona individual separada, él y su Padre Dios son de hecho una y la misma realidad, el espíritu que existe dentro de cada uno de nosotros como la consciencia fundamental «yo soy». Por eso es por lo que él dijo, «Yo y [mi] Padre somos uno» (San Juan 10.30).

Por lo tanto, cuando Cristo decía, «Yo soy el camino, la verdad y la vida: ningún hombre llega al Padre sino por mí» (San Juan 14.6), por las palabras «yo soy» y «mí» él se estaba refiriendo no meramente al individuo limitado por el tiempo llamado Jesús, sino al espíritu eterno «yo soy», que él sabía ser su propio sí mismo real. El significado interno de sus palabras, por lo tanto, puede ser expresado reescribiéndolas así, «El espíritu “yo soy” es el camino, la verdad, y la vida: ningún hombre llega al espíritu “yo soy”, que es el Padre o fuente de todas las cosas, sino por este mismo espíritu».

El espíritu «yo soy» no es solo la verdad o realidad de todas las cosas, la fuente de la que todas ellas se originan, y la vida o consciencia que anima a todo ser senciente, sino que es también el único camino por el que podemos volver a nuestra fuente original, que llamamos con diversos nombres tales como «Dios» o el «Padre». Excepto volviendo la atención dentro hacia el espíritu, la consciencia que cada uno de nosotros experimenta como «yo soy», no hay ningún camino por el que volver y devenir uno con nuestra fuente. Por lo tanto, la verdadera salvación solo puede ser obtenida no meramente a través de la persona que era Jesucristo, sino a través del espíritu que es Jesucristo —el espíritu eterno «yo soy» que existe dentro de cada uno de nosotros.

Cristo no solo afirmó su unidad con Dios, su Padre, él también quiso que deviniéramos uno con él. Antes de su arresto y crucifixión, Cristo oró por nosotros, «Padre santo, ...para que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros ...como nosotros somos uno: yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectamente uno» (San Juan 17.11 y 21-23). Es decir, el propósito de Cristo era que dejáramos de tomarnos erróneamente

como un individuo separado de Dios y que nos conociéramos como el único espíritu indivisible, la pura consciencia fundamental «yo soy», que es la realidad de Dios. Así pues, la unidad o no-dualidad es el propósito central de las enseñanzas espirituales de Jesucristo.

### **Amarás al prójimo como a ti mismo**



Todo lo que damos a otros (especialmente la ternura, la bondad, la compasión, la simpatía, el afecto, el cuidado y la consideración que les damos) nos lo estamos dando solo a nosotros mismos debido a que nadie —ninguna persona, animal, planta o cualquier otra cosa— es verdaderamente otro que nosotros mismos, nuestro ser o «soy»-dad auto-consciente esencial.

Éste es el significado real de la enseñanza de Cristo, «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente... Amarás al prójimo como a ti mismo» (San Mateo 22.37, 39, y San Marcos 12.30-31).

Nosotros verdaderamente no podemos amar a Dios ni a nuestro prójimo —a ninguno de nuestros semejantes, los seres sencientes— como a nosotros mismos a no ser que les experimentemos efectivamente como nosotros mismos, y si no les amamos como a nosotros mismos, realmente no podemos amarlos con todo nuestro corazón, alma y mente.

El amor por algo otro que nosotros mismos no puede ser nunca un amor completo, sino solo un amor dividido y por lo tanto parcial, debido a que nosotros nos amamos siempre a nosotros mismos más de lo que podemos amar nunca a cualquier otra persona o cosa. Por lo tanto, si deseamos verdaderamente amar a Dios o a nuestro prójimo enteramente —con todo nuestro corazón, alma y mente— debemos experimentarlos como a nosotros mismos, y para experimentarlos así, debemos experimentarnos a nosotros mismos como somos realmente —es decir, como la única realidad infinita, absoluta e indivisible, que es la esencia real o sustancia verdadera de todo lo que es. Por consiguiente, puesto que nosotros no podemos experimentarnos así como el único todo infinito, indiviso, no-dual y omni-inclusivo, mientras prestemos atención a lo que parece ser otro que nosotros mismos, para experimentar y amar tanto a Dios como a nuestro prójimo como a nosotros mismos, debemos retirar nuestra mente enteramente de sus formas externas imaginarias y focalizarla aguda y exclusivamente en nuestro propio ser esencial auto-consciente, «yo soy», que es su forma esencial y real.

### **Ego sum lux mundi**



De la misma manera que en el verso 16 de Upadesa Undiyar, que hemos discutido anteriormente en este capítulo, Sri Ramana usó el término «su propia forma de luz» para denotar la consciencia esencial «yo soy» de la mente, así también en este verso él usa el término «la luz del sí mismo» para denotar la consciencia o conocimiento claro de nuestro sí mismo real. ¿Por qué usa él la palabra «luz» de

esta manera figurativa para denotar la consciencia o conocimiento? Puesto que la consciencia «yo soy» es eso por lo que tanto nosotros como todas las otras cosas son hechas conocidas, en el lenguaje poético del misticismo, a menudo es descrita como siendo la «luz» verdadera que ilumina todo, incluyendo la luz física que vemos con nuestros ojos.

Este uso metafórico de la palabra «luz» para denotar la consciencia de ser verdadera, «yo soy», puede ser encontrada en los dichos y escritos de sabios de todas las tradiciones y culturas. Jesucristo, por ejemplo, se refiere a la consciencia «yo soy» como la «luz del mundo». Puesto que es la luz la que nos capacita para conocer el mundo, y puesto que brilla como el ser esencial de todos y cada uno de nosotros —incluyendo incluso a Dios, que él mismo declara ser ese «yo soy» cuando dijo a Moisés, «YO SOY EL QUE SOY... Así dirás a los hijos de Israel, YO SOY me envía a vosotros» (Éxodo 3.14), y Cristo, que indicó que él era ese mismo «yo soy» atemporal cuando dijo, «Antes de que Abraham fuera, yo soy» (San Juan 8.58), Cristo no solo dijo, «Yo soy la luz del mundo» (San Juan 8.12 y 9.5), sino que dirigiéndose a las gentes también dijo, «Vosotros sois la luz del mundo» (San Mateo 5.14).

Por consiguiente, puede decirse acertadamente que esta consciencia «yo soy» es la «chispa de divinidad» dentro de cada uno de nosotros. En verdad, esta consciencia pura de nuestro ser, que cada uno de nosotros conoce como «yo soy», es ella misma la realidad última y absoluta, que en español es llamada «Dios» o el «Ser Supremo», y que en sánscrito es llamada brahman. Esta verdad es afirmada no solo por la declaración citada más arriba de Dios en la Biblia, «YO SOY EL QUE SOY», sino también por los cuatro «grandes dichos» o mahavakyas de los Vedas, que declaran la unidad de nosotros y esa realidad absoluta.

### **La apacible felicidad de ser que experimentamos entre dos pensamientos consecutivos**



La forma verdadera, inmutable, inadulterada y libre de pensamiento de nuestro propio ser esencial o brahman, que experimentamos momentáneamente entre cada dos pensamientos consecutivos, es tanto nuestra consciencia de ser fundamental, «yo soy», como la felicidad perfecta de nuestro ser así conscientes solo de nuestro ser.

Por lo tanto, si queremos experimentar nuestra propia felicidad perfecta y natural constantemente, nuestra atención debe penetrar por debajo de la fluctuación u oscilación de pensamientos sobre la superficie de nuestra mente para experimentar en su pureza nuestra consciencia esencial y fundamental de nuestro propio ser, «yo soy», que subyace siempre a nuestra fluctuante mente.

Así pues, nosotros podemos experimentar permanentemente felicidad perfecta y absoluta solo en el estado del auto-conocimiento verdadero —el estado en el que permanecemos siempre meramente como nuestro propio ser esencial, nuestra auto-consciencia fundamental «yo soy», sin surgir para pensar o hacer nada. Por

lo tanto, examinemos ahora el conocimiento que tenemos sobre nosotros mismos al presente para comprender no solo cómo es un conocimiento erróneo, sino también qué es realmente el conocimiento correcto de nosotros mismos, y cómo podemos obtener experiencia inmediata de ese conocimiento correcto.

### **Concentrar nuestra atención en nuestra propia consciencia**



Para permanecer como nuestra mera consciencia «yo soy», sin ninguna consciencia de nuestro cuerpo o mente, es necesario que conozcamos nuestra consciencia en su forma pura, exenta de todo contenido —exenta de todo objeto de conocimiento. Estamos tan acostumbrados a identificar nuestra consciencia «yo soy» con nuestro cuerpo y mente que inicialmente puede parecernos difícil distinguir entre nuestra consciencia y estos objetos conocidos por ella. Debido a esta identificación de nuestra consciencia con sus objetos o contenidos, nuestro conocimiento de ella parecer estar oscurecido y sin claridad. Por lo tanto, para distinguir entre nuestra consciencia y sus objetos, debemos obtener un conocimiento claro de ella como realmente es.

Tanto si somos un científico o solo una persona ordinaria, cuando buscamos obtener conocimiento sobre algo, el instrumento primario y esencial que usamos es nuestro poder de atención. Sin prestar atención a algo, no podemos conocerlo.

En sus experimentos, los científicos a menudo usan ayudas mecánicas para observar cosas que no pueden percibir directamente a través de sus cinco sentidos, pero, sin embargo, es solo a través de sus cinco sentidos como son capaces de leer e interpretar la información proporcionada por esas ayudas mecánicas. Es solo por medio de uno o más de nuestros cinco sentidos como podemos obtener conocimiento sobre algo en el mundo externo.

No obstante, aunque nuestros cinco sentidos nos proporcionen información sobre el mundo externo, nosotros solo podemos conocer esa información prestándole atención. Si no prestamos atención a la información proporcionada por nuestros sentidos, podemos no ver algo que tiene lugar justo frente a nuestros ojos, o no escuchar una conversación entre dos personas sentadas justo a nuestro lado. Por lo tanto, todo conocimiento es obtenido finalmente solo por medio de nuestro poder de atención.

Puesto que nuestra consciencia no es un objeto, no puede ser observada por medio de ninguna ayuda mecánica, ni tampoco puede ser observada por medio de ninguno de nuestros cinco sentidos. El único instrumento por el que podemos observar y conocer nuestra consciencia es nuestro propio poder de atención, sin ayuda de nada más. Puesto que nosotros somos consciencia, y puesto que nuestra consciencia se conoce a sí misma sin ningún tipo de ayuda, todo lo que necesitamos hacer para obtener un conocimiento claro de nuestra consciencia como realmente es, es retirar nuestra atención de todos los objetos conocidos por nuestra consciencia y concentrarla solo en nuestra consciencia misma.

Puesto que nuestro poder de atención es nuestro poder de conocimiento o consciencia, que somos libres de dirigir hacia lo que quiera que deseemos conocer, concentrar nuestra atención en nuestra propia consciencia significa concentrar nuestra atención en sí misma, o concentrar nuestra consciencia en sí misma. Puesto que nosotros experimentamos nuestra consciencia o poder de conocer como «yo», como nuestro propio sí mismo esencial, prestarle atención no es una forma de atención objetiva, sino que es una atención puramente subjetiva —una auto-atención perfectamente no-dual, una atención a nuestro propio sí mismo esencial o «yo».

### **Un estado en el que no somos conscientes de nada otro que nuestro mero ser**



Nosotros estamos tan acostumbrados a asociar la consciencia solo con nuestra mente, la consciencia que conoce otras cosas que sí misma, que con respecto al sueño profundo pasamos por alto lo evidente. Pasamos por alto el hecho de que la «inconsciencia» del sueño profundo es algo que hemos experimentado nosotros mismos, y que para haber experimentado esa supuesta «inconsciencia» en el sueño profundo, nosotros mismos debemos haber sido conscientes.

Por lo tanto, hasta donde posiblemente podamos saber nunca, no hay ninguna cosa tal como un estado de inconsciencia absoluta. Un estado tal de inconsciencia absoluta sería un estado que no podría ser conocido o experimentado nunca. El único tipo de inconsciencia que podemos experimentar y conocer no es un estado de inconsciencia absoluta, sino meramente un estado de inconsciencia relativa —un estado en el que la consciencia de la dualidad con la que estamos familiarizados en los estados de vigilia y sueño con sueños se ha sumergido, un estado en el que no somos conscientes de nada otro que nuestro mero ser, nuestra consciencia fundamental no-dual «yo soy».

Si fuéramos realmente inconscientes en el sueño profundo, o en cualquier otro tiempo, no podríamos ser consciencia, debido a que la consciencia no puede ser nunca inconsciente. Sin embargo, puesto que somos conscientes del sueño profundo y de otros estados semejantes de inconsciencia relativa, nosotros somos la consciencia absoluta que subyace y soporta, aunque trasciende, todos los estados de consciencia e inconsciencia relativas.

El hecho de que experimentemos la vigilia, el sueño con sueños y el sueño profundo como tres estados distintos, ¿no prueba claramente que nosotros existimos y somos conscientes de nuestra existencia en estos tres estados? Hay así una continuidad de nuestra existencia y nuestra consciencia a través de nuestros tres estados de vigilia, sueño con sueños y sueño profundo.

Sin embargo, la consciencia de nuestra existencia o mero ser que continua indivisa en los tres estados, es distinta de la consciencia que conoce un cuerpo y el mundo en solo dos de ellos, a saber, la vigilia y el sueño con sueños. Nuestra consciencia simple y fundamental de nuestro propio mero ser, que continua a todo lo largo de nuestros tres estados, es nuestra pura consciencia incontaminada

«yo soy», mientras que la consciencia que se identifica con un cuerpo particular, y que conoce un mundo a través de los cinco sentidos de ese cuerpo, es la consciencia mezclada y contaminada «yo soy este cuerpo».

Esta consciencia mezclada que se identifica con un cuerpo, es una forma limitada y distorsionada de nuestra consciencia original y fundamental «yo soy». Puesto que esta consciencia distorsionada, que nosotros llamamos nuestra «mente», aparece solo en los estados de vigilia y sueño con sueños, y desaparece en el sueño profundo, no puede ser nuestra naturaleza real, nuestro sí mismo verdadero y esencial. Nuestra naturaleza real es solo nuestra consciencia «yo soy» pura, incontaminada e ilimitada, que subyace y soporta la apariencia pasajera de nuestros tres estados.

### Otro que el ser, nada es



Lo mismo que trasciende el tiempo y el espacio, trasciende toda otra dimensión imaginable. Solo eso que tiene una forma particular definible, y que por lo tanto ocupa una extensión distinta y definible en una o más dimensiones, puede decirse que es limitado o finito.

Pero puesto que nuestro ser-consciencia fundamental y esencial «yo soy» no tiene forma o extensión definible, no está limitado de ninguna manera, y por lo tanto es infinito. Puesto que todo lo que conocemos surge en nuestra mente, y puesto que nuestra mente surge en nuestro ser-consciencia, todas las cosas finitas están contenidas en nuestro ser-consciencia infinito, «yo soy».

Mientras no nos imaginemos ser un cuerpo ni ningún otro objeto que parezca aparecer en nuestra consciencia, nosotros somos infinitos. Nuestro ser y nuestra consciencia de ser son infinitos ambos, o para ser más precisos, son ambos la única realidad infinita y no-dual. Puesto que nuestro ser es infinito, nada puede ser separado de él, y, por consiguiente, solo él existe verdaderamente.

Sin embargo, cuando nos imaginamos ser un cuerpo, otros objetos innumerables parecen surgir en nuestra consciencia, y nosotros imaginamos que cada uno de ellos existe verdaderamente. Así pues, por nuestro poder de imaginación, damos un ser o realidad aparente a muchas cosas, y con ello nos engañamos a nosotros mismos creyendo que cada cosa tiene su propio ser independiente y finito.

Sin embargo, en realidad nada tiene un ser separado o independiente. El ser no es una cosa finita que pueda ser dividida en partes, sino el único todo infinito y por lo tanto indivisible, otro que el cual nada puede ser. Puesto que es infinito, incluye todo dentro de sí mismo, y, por consiguiente, es el único ser esencial de todas y cada una de las cosas. Ninguna cosa particular es real como la cosa particular que parece ser —como su forma particular, o como el nombre, descripción o definición particular que nosotros damos a su forma— sino que es real solo como el ser que esencialmente es. Otro que el ser, nada es.

## **Nosotros mismos somos el poder de atención o consciencia por el que todo es conocido**



Nuestro poder de atención, que es nuestro poder de consciencia o conocimiento, no es algo separado de nosotros. Es nosotros mismos —nuestro propio ser esencial y verdadero. En otras palabras, nosotros mismos somos el poder de atención o consciencia por el que todo es conocido.

Cuando hacemos mal uso de nuestro poder de consciencia imaginando que estamos conociendo cosas otras que nosotros mismos, devenimos aparentemente la consciencia individual separada y por lo tanto finita que llamamos «mente». Pero cuando no hacemos mal uso de nuestro poder de consciencia de esta manera, permanecemos como realmente somos siempre —como la consciencia verdadera de mero ser infinito y no-dual, «yo soy».

## **Nuestra atención tiene el poder de crear un mundo que no existe**



Debido a que nuestra atención es la focalización de nuestro ser entero en algo, ella tiene un poder formidable. De hecho, es el único poder que existe verdaderamente, y es la fuente de la que surgen todas las demás formas de poder. De nuestra experiencia en el sueño con sueños, nosotros sabemos que al hacer un mal uso de nuestro poder de atención para imaginar y conocer otras cosas que nosotros mismos, podemos crear un mundo entero y engañarnos a nosotros mismos tomando erróneamente ese mundo por real. Puesto que sabemos que podemos crear un mundo aparentemente real por nuestro mero poder de imaginación en el sueño con sueños, no tenemos ninguna razón válida para suponer que el mundo que experimentamos ahora en este supuesto estado de vigilia sea otra cosa que una creación de nuestro mismo poder de imaginación.

Así pues, nuestra atención tiene el poder de crear un mundo que no existe verdaderamente, y en el proceso de hacerlo, nos engaña a que tomemos erróneamente ese mundo como real. Todo el poder que vemos en el mundo que imaginamos que está fuera de nosotros mismos, parece existir debido solo a nuestro poder de atención. Todo lo que experimentamos parece ser real debido solo a que le prestamos atención. Puesto que nuestra atención es tan poderosa, es un arma peligrosa que debemos usar cuidadosa y sabiamente.

La manera sabia de usar nuestro poder de atención es conocernos a nosotros mismos. Hasta que conozcamos la verdad de nosotros mismos, que conocemos todas las otras cosas, no podemos conocer la verdad de nada más. Para conocernos a nosotros mismos, debemos prestarnos atención a nosotros mismos —a nuestro propio ser auto-consciente esencial, «yo soy».

### **Exento de nuestra actividad imaginaria de «conocer»**



Debido a que nuestro sí mismo real es totalmente exento de la más mínima dualidad o «dos»-dad, la única manera en que podemos conocerlo es siéndolo —abandonando todos los adjuntos y estando así enteramente absorbidos en y firmemente establecidos como la única realidad absoluta, que en la terminología filosófica del vedanta es conocido como tat o «ello», y que es nuestro ser auto-consciente esencial puro y libre de adjuntos, «yo soy».

El estado de conocimiento verdadero, por lo tanto, no es un estado de conocer algo, sino que es solo un estado de ser —un estado de ser nuestro sí mismo real auto-consciente. Es el estado en el que permanecemos simplemente como conocimiento puro, que es el conocimiento o consciencia no-dual fundamental de nuestro ser esencial, «yo soy».

El conocimiento puro que es nuestro sí mismo real o ser esencial, es absoluto y no-dual. Sin embargo, aunque somos siempre conocimiento puro, y nada más que eso, nos imaginamos ser una consciencia finita individual que conoce objetos. Por lo tanto, el estado que es descrito como «ser nuestro sí mismo real» o «permanecer como conocimiento puro», es el estado en el que nos abstenemos de imaginarnos ser una consciencia que conoce objetos. Así pues, el conocimiento verdadero es solo nuestro conocimiento presente de nuestro ser, exento de nuestra actividad imaginaria de «conocer» algo.

Nuestro sí mismo real, «yo soy», es no solo ser puro y consciencia pura, es también felicidad pura. Toda miseria e infelicidad existe solo en la mente, y cuando la mente se sumerge, como en el sueño profundo, experimentamos paz y felicidad perfecta. La felicidad apacible que experimentamos en el sueño profundo es la naturaleza misma de nuestro sí mismo verdadero. Debido a que la mente piensa siempre en términos de dualidad y diferencias, pensamos que ser, consciencia y felicidad son tres cosas diferentes, pero en esencia son una y la misma realidad. De la misma manera que el ser absoluto es él mismo consciencia absoluta, así él es también felicidad absoluta.

### **El nombre original y más bellamente apropiado de Dios**



Aunque a la realidad absoluta se le dan muchos nombres y descripciones tales como Dios, allah, brahman, lo absoluto, lo eterno, lo infinito, la plenitud de ser, purna o el todo, conocimiento puro, sat-chit-ananda o ser-consciencia-felicidad, tat o «ello», nirvana, el reino de Dios y demás, Sri Ramana a menudo decía que las palabras que expresan su naturaleza real más perfecta y exactamente son «yo» y «soy» o su forma combinada «yo soy».

Esto es así debido a que lo que estas palabras «yo» y «soy» expresan no es solo ser, sino también la auto-consciencia esencial de ser. Por lo tanto, no importa en

qué lenguaje sean expresadas estas palabras; el pronombre personal de la primera persona del singular «yo», y la forma equivalente de la primera persona del singular del verbo básico ser, «soy», expresan ambas la verdad total tan exacta como posiblemente ningunas otras palabras puedan expresarla.

Por eso es por lo que en la mayoría de las grandes religiones del mundo, el nombre «yo soy» es reverenciado como el primero, principal y último nombre de Dios. La santidad suprema de este nombre divino «yo soy» es expresada y venerada en el Antiguo Testamento (sobre el que están basadas las tres grandes religiones de origen asio-occidental, a saber, el judaísmo, el cristianismo y el islam) en las palabras habladas por Dios a Moisés, «YO SOY EL QUE SOY» (Éxodo 3.14), y también en los Vedas (sobre los que están basadas la amplia familia de las religiones sudasiáticas conocidas como hinduismo) en el mahavakya o gran dicho «Yo soy brahman» (Brihadaranyaka Upanishad 1.4.10).

El hecho de que «yo» y «soy» son los nombres originales y naturales de la realidad absoluta o Dios, es declarado enfáticamente por Sri Ramana en los versos 712, 713, 714 y 715 de Guru Vachaka Kovai:

Cuando meyporul mismo [la «sustancia real», «esencia verdadera» o realidad absoluta], que es llamado ullam [el «corazón» o «núcleo»], sale [aparentemente] y se extiende gradualmente desde el corazón como la consciencia [es decir, cuando parece manifestarse exteriormente como nombres y formas innumerables, que de hecho son solo distorsiones imaginarias de la única consciencia verdadera sin-forma e indivisa «yo soy», que es esa «sustancia real» misma], entre los miles de nombres [sagrados] que son [atribuidos] a [este] ullaporul [el «ser-esencia» o realidad absoluta], sabe que cuando [nosotros] escudriñamos [descubrimos que] ciertamente «yo» es el primero [el original y principal].

Puesto que [junto] con ese «yo», que se ha dicho previamente [en el verso de arriba] que es el nombre primario [de la realidad absoluta o Dios], como su meyporul-vilakkam [la luz que es su esencia real] él [«soy»] existe siempre como «yo soy» [en el corazón de cada uno de nosotros], ese nombre «soy» también es [el nombre primario de la realidad absoluta o Dios].

Entre los muchos nombres [atribuidos a Dios en todas las diferentes religiones y lenguajes de este mundo], que son miles y miles, ningún nombre tiene [tal] belleza real [o] es [tan] verdaderamente apropiado a kadavul [Dios, que es kadanda-ullavan, «él que existe trascendiendo»], que mora en [nuestro] corazón exento de pensamiento, como este nombre [«yo» o «soy»]. [Es decir, «yo» o «soy» es el nombre más bello y verdaderamente apropiado de Dios, debido a que él existe en nuestro corazón como nuestro ser auto-consciente naturalmente libre de pensamiento, «yo soy».]

Entre todos [los nombres de Dios] que son conocidos, solo el nombre de Dios [original, natural y verdadero], [que es experimentado] como «yo [soy] yo», clama [su única supremacía] a aquellos cuya atención está vuelta hacia sí mismos, brillando como la mauna-para-vak [la palabra suprema, que es silencio absoluto], llenando el espacio de [su] corazón, en el que [su] ego ha sido

aniquilado.

Cuando volvamos la atención hacia nosotros y con ello nos experimentemos como somos realmente, la mente o ego será aniquilado, toda dualidad desaparecerá, y en el espacio libre de pensamiento de nuestro corazón, que es el espacio infinito de ser-consciencia-felicidad, solo la auto-consciencia no-dual «yo soy» permanecerá brillando claramente en toda su prístina pureza. Puesto que no hay nada que perturbe la paz perfecta de esta experiencia de auto-conocimiento verdadero, y puesto que ella revela su propia realidad absoluta más claramente de lo que cualquier palabra hablada o escrita podría hacerlo, Sri Ramana la describe como la mauna-para-vak, la «palabra suprema» o para-vak, que es silencio absoluto o mauna.

### Verbo «soy» sin su sujeto lógico «yo»



El pronombre «yo» implica que existimos, y esta existencia de nosotros es expresada por el verbo «soy». A la inversa, el verbo «soy» implica solo la existencia de nosotros, que es expresada por el pronombre «yo». En muchas lenguas, por lo tanto, una u otra de estas dos palabras puede ser usada por sí sola, puesto que su contrapartida está implícita en ella y por lo tanto se comprende claramente. En tales lenguas, la forma compuesta «yo soy», es una opción que se usa solo para dar énfasis.

En este respecto el inglés es una excepción. Por ejemplo, si deseamos decir que somos un ser humano, en inglés tenemos que usar tanto la palabra «yo» como la palabra «soy» y decir, «yo soy un ser humano», mientras que en muchas otras lenguas es suficiente en un contexto tal, usar ya sea solo la palabra «yo» o ya sea solo la palabra «soy». En tamil, por ejemplo, no necesitamos decir la larga frase «nan manidanay irukkiren», que significa «yo soy [un] hombre», debido a que podemos transmitir exactamente el mismo sentido, diciendo simplemente ya sea «nan manidan», que significa «[soy un] hombre», o ya sea «manidanay irukkien», que significa «[yo] soy [un] hombre». Es similar el caso con muchas otras lenguas antiguas y modernas de Asia y Europa, de las que el sánscrito, el hebreo, el griego y el latín son unos pocos ejemplos.

### «ego eimi»

En el Evangelio según San Juan, que fue escrito originalmente en una forma de griego antiguo, hay muchos dichos «yo soy» bien conocidos de Jesús, en varios de los cuales él está aludiendo más o menos claramente al uso de la palabra «yo soy» en el Antiguo Testamento para denotar el ser auto-consciente esencial de Dios. Esta alusión es particularmente clara en los siete versículos (8.24, 8.28, 8.58, 13.19, 18.5, 18.6 y 18.8) en los que él usa «yo soy» sin añadir ningún predicado, y que los eruditos bíblicos describen por lo tanto como ejemplos de su uso «absoluto» de «yo soy».

En cada uno de estos siete versículos, el más conocido de los cuales es, «Antes de que Abraham fuera, yo soy» (8.58), sus dichos acaban con las palabras

griegas ego eimi, que significan «yo soy». Al usar estas dos palabras juntas, y colocarlas al final de cada respectiva sentencia, estos versos logran poner gran énfasis sobre el significado de «yo soy» pretendido por Jesús, pero en algunos casos este énfasis desafortunadamente se ha perdido en la traducción.

#### **«cogito ergo sum»**

Además de estos siete ejemplos de su uso «absoluto» de «yo soy», hay más de otros treinta dichos en los que él usa «yo soy» con un predicado, pero mientras en algunos de estos dichos las palabras ego eimi son usadas en el griego original, en otros la palabra eimi, que significa «soy», se usa por sí sola sin la palabra ego, que significa «yo».

Este uso válido del verbo «soy» sin su sujeto lógico «yo», es común en aquellas lenguas en las que todos los verbos toman una forma particular en cada una de las tres personas y cada uno de los dos o más tiempos. Un lenguaje tal es el latín, y por lo tanto, en latín, la palabra sum, que significa «soy», y también las formas de primera persona del singular de otros verbos, pueden ser usadas sin la palabra ego o «yo». Por ejemplo, cuando Descartes concluyó el famoso, «cogito ergo sum», que significa «[Yo] pienso, por lo tanto [yo] soy», no necesitó usar la palabra ego ni antes de cogito ni antes de sum, debido a que está claramente implícita en la forma gramatical de cada uno de estos verbos. Como veremos en el siguiente capítulo, esta conclusión de Descartes está poniendo realmente el carro delante del caballo, pero la cito aquí solo como un ejemplo del verbo «soy» transmitiendo un sentido completo sin el uso explícito de su correspondiente pronombre «yo».

#### **«ehyeh asher ehyeh»**

En el hebreo original en el que fue escrito el Éxodo, las palabras que son traducidas usualmente como «YO SOY EL QUE SOY», son «ehyeh asher ehyeh». La palabra ehyeh de hecho significa solo «soy», y el pronombre «yo» está simplemente implícito en ella, de modo que una traducción más literal sería «SOY EL QUE SOY» o «SOY LO QUE SOY».

En el hebreo antiguo no había tiempos como tales, sino solo dos «aspectos» de un verbo, el «perfecto» y el «imperfecto». El «aspecto perfecto» de un verbo era usado para denotar una acción que ha sido completada o acabada, y por lo tanto era equivalente en función al tiempo pasado, mientras que el «aspecto imperfecto» era usado para denotar una acción que aún no estaba completada o acabada, y por lo tanto era usado en casos en los que usaríamos el tiempo presente o el tiempo futuro.

Puesto que ehyeh es la forma «imperfecta» de la primera persona del verbo «ser», implica un tiempo presente continuo, que podríamos traducir como «estoy siendo». Así pues, «ehyeh asher ehyeh» podría ser traducido como «[YO] ESTOY SIENDO LO QUE [YO] ESTOY SIENDO», o más libremente como «[YO] SOY SIEMPRE LO QUE [YO] SOY SIEMPRE».

Algunos eruditos Bíblicos sugieren que debería traducirse como un tiempo futuro, «[YO] SERÉ LO QUE [YO] SERÉ», pero si se traduce así, debe ser comprendido en el sentido «[YO] SERÉ SIEMPRE LO QUE [YO] SERÉ».

SIEMPRE» o «[YO] SERÉ SIEMPRE LO QUE SOY SIEMPRE», debido a que no es un tiempo exclusivamente futuro, sino solo un tiempo continuo dentro del futuro. Sin embargo, puesto que el ser esencial que es Dios, es eterno y siempre presente, ehyeh es traducido más apropiadamente en este contexto por un tiempo presente continuo, «soy» o «estoy siendo».

Puesto que el ser es en realidad siempre presente, trasciende las tres divisiones del tiempo, a saber, pasado, presente y futuro. Esta naturaleza de ser eternamente continua, es expresada adecuadamente por la palabra ehyeh, que como un «aspecto imperfecto» del verbo «ser», implica un estado de ser inacabable y continuo.

El ser como tal nunca comienza ni acaba, ni sufre nunca ningún cambio. Permanece siempre como es, de modo que en el futuro será siempre lo que siempre ha sido, y nunca devendrá algo nuevo. Por lo tanto, la verdadera naturaleza o realidad absoluta de Dios, es solo ser eterno y sin-cambio, y no es ninguna forma de «devenir». Devenir implica cambio, y el cambio requiere tiempo, pero el ser verdadero de Dios trasciende los límites del tiempo, y es por lo tanto más allá del cambio y el devenir.

Además, puesto que el ser verdadero es auto-consciente, y puesto que por lo tanto no puede nunca ser un objeto de conocimiento, una segunda o tercera persona, sino que siempre se experimenta a sí mismo como la primera persona, la forma de la primera persona «imperfecta» ehyeh, es una expresión perfecta de la verdadera naturaleza del ser.

Como quiera que podemos elegir traducir esta profunda expresión de la verdadera naturaleza de ser, «ehyeh asher ehyeh», lo que es importante es que comprendamos la verdad que expresa. Por sí misma, la palabra ehyeh, expresa el hecho de que el ser es auto-consciente, no-objetivo y continuo —o en otras palabras, que el ser es la realidad auto-consciente eternamente presente de la primera persona. Esta verdad sobre el ser, que es expresada perfectamente por la primera persona del verbo continuo ehyeh o «soy», es reiterada y enfatizada por la sentencia entera «ehyeh asher ehyeh».

Es decir, al decir «[YO] SOY LO QUE [YO] SOY», estas palabras enfatizan más la verdad de que el ser eterno de primera persona auto-consciente «soy», es absolutamente único y no-dual. Ellas implican, «Soy solo lo que soy», «No soy nada sino lo que soy», o más simplemente, «Soy solo yo, y nada otro que yo».

### **«YO SOY EL QUE SOY», el mahavakya más grande**



Debido a que este dicho bíblico, «YO SOY EL QUE SOY», es una expresión tan perfecta de la naturaleza de la primera persona del ser absoluto, eterno, no-dual, no-objetivo y auto-consciente, Sri Ramana solía decir que es el mahavakya más grande, incluso más grande que los cuatro mahavakyas o «grandes dichos» de los Vedas.

Aunqu el sentido de cada uno de los mahavakyas védicos, a saber, «la

consciencia pura es Brahman», «Yo soy brahman», «ello eres tú» y «este sí mismo es brahman», es esencialmente el mismo que el de este dicho Bíblico, ellos son de hecho expresiones menos perfectas y exactas de la realidad debido a que cada uno de ellos contiene una o más palabras que no están en la forma de la primera persona.

Es decir, en «YO SOY EL QUE SOY» el sentido de ser de la primera persona, «soy», es igualado solo consigo mismo y no con nada más, mientras que en cada uno de los mahavakyas védicos, es igualado ya sea con un nombre de tercera persona, brahman, que significa la realidad absoluta o espíritu supremo, o con el pronombre de la tercera persona «ello», que denota la misma realidad absoluta. Aunque «yo soy» es verdaderamente la realidad absoluta o brahman, tan pronto como pensamos que ello es así, la atención es retirada de la consciencia de ser natural de primera persona, hacia una concepción mental extraña y antinatural de «la realidad absoluta». Para ayudarnos a fijar la atención total e indivisa en «yo soy», es mejor que se nos diga que «yo soy» es solo «yo soy», antes que decirnos que «yo soy» es Dios, brahman o la realidad absoluta.

Los iconos que acompañan al texto son extractos de las obras de arte bizantino de: Lérída (San Clemente de Taull, Santa María de Mur) y Estambul (Hagia Sophia, Kariye Camii)



Mosaico bizantino de Jerusalén